cfp 071 John Greenleaf Whittier 1852 — Del primer día —

Del primer día

Una vez más me encuentro ahí, en la calma,
en la frescura, en el silencio, en mi puesto
habitual con mis hermanos,
donde quizás ninguna lengua
humana pronunciará palabras,
donde nunca se entona ningún himno,
ni soplan los profundos acordes de los órganos,
ni se columpia el humo de los incensarios,
ni penetra sutil la luz por el vitral.
… que allí me llegue esa voz delicada del silencio,
ese silbo apacible que escuchó el profeta;[1]
… que allí lea yo entre los pliegos de mi corazón una ley
aún más santa que la grabada en esas pétreas tablas
quebradas por Moisés al pie del monte;[2]
… que allí pueda lidiar con el pecar más mío,
poner coto a mi pensar errante
y riendas al agitar dolido de mi mente.
Y al abrírseme la senda de obediencia,
que se me dé también la gracia de caminar por ella
– no por sueldo ni provecho propio;
no con paso renuente ni mirando hacia atrás,
ni haciendo mérito de un cobarde temor –
sino gozoso en medio de la luz que me rodea,
andando firme hacia grata labor,
confiado sólo en Él, y no en mis propias fuerzas,
cumpliendo como mía la voluntad de Dios.

---

[1] 1 Reyes 19:12
[2] Éxodo 32:19